

## Cuestión de gustos

**Jonathan Gómez Narros**

Todo empezó por un punto negro. ¡Un maldito punto negro!

Aquella mañana nos levantamos como siempre. Mi mujer por el lado derecho de la cama; yo, por el izquierdo. Todo normal. O eso creía yo... Nos dirigimos los dos hacia el baño. Estamos tan bien coordinados que llegamos a dar asco...

—Tienes un punto negro... te lo voy a tener que quitar —amenazaba, como sin ganas... ¡Pero era mentira! Disfrutaba con ello, viendo cómo me retorció de dolor en cada pellizco, en cada intentona por sacar ese poro obstruido que afeaba, un poco más, mi rostro... Jamás llegaré a comprender ese placer malsano de mi mujer... Me intenté escabullir como pude de esa tortura:

—Cariño, tengo prisa —dije cogiendo unos pantalones del armario, los primeros que pillé— Hoy me reúno con ese magnate de los vinos, ése que te conté que era tan raro...

—Sí, sí —dijo cual niña defraudada por los regalos de reyes, y añadió— ya, ya... Ahora con excusas... Pero ten en cuenta que la primera impresión, en muchas veces, es la que cuenta.

—Sí, sí, llevas razón —asentí, mohínamente— Pero ahora, déjame que tengo prisa...

Como si el punto negro hubiera abierto un vórtice extraño, mezcla de memoria, recuerdos y decepción, se volvió hacia mí y me preguntó a bocajarro:

—Oye, ¿dónde dejaste el libro aquel?

-¿Cuál, mi amor? —pregunté sin darle importancia al asunto, olvidando por unas horas la amenaza de tortura con la que me había obsequiado el punto negro esa mañana y centrándome en la dificultosa labor de abrocharme correctamente todos los botones de ese pantalón... Debería adelgazar... - ¿El de aquella portada tan horrorosa?

—¿Cómo que horrorosa?

—Cierto —admití logrando ajustarme la corbata color burdeos que tanto odiaba... Pero al cliente de hoy le piraban esos colores... — No es horrorosa, es horripilante. Tanto colores mezclados sin coherencia alguna... Le da igual mezclar colores cálidos con fríos, sin gradación alguna; ese manchurrón negro en medio de la composición, ¿a qué se debe? Además, esas

figuras deformes y mal dispuestas... Explícame cómo un mono puede ser más grande que un elefante...

—Cuestión de perspectiva...

—¿Perspectiva? Esa palabra no la conoce la diseñadora de la portada... Carlitos lo haría mucho mejor.

—Oye, que estás comparando a nuestro hijo de cuatro años con mi hermana de treinta y cinco.

—Cierto... Ahora que hablamos de Carlitos... hay que llevarlo a casa de tu madre, ¿te ocupas tú?

—Como siempre... Pero no cambies de tema... ¿Tan mala es la portada?

—Tanto o más como el contenido del libro... Sin sustancia, previsible, personajes planos... En fin, menos mal que no tiene errores ortotipográficos —Pausa dramática. Era mi momento de gloria y de actor frustrado. Me di un manotazo en la frente y exclame contrariado— ¡Espera! Que ni de eso se libra... Las tildes brillan por su ausencia y no se rigen por las normas ortográficas actuales de la RAE... Y digo ac-tu-a-les, ¡qué aparece acentuado el fue!

—Mira que eres estúpido —Se estaba empezando a cabrear. Malditos pantalones, me dejan sin respiración... Me encanta ver su cara enrojecida por la ira tan de mañana... - Mejor que nadie sabes que fue una autoedición, algo de andar por casa...

—Ya, ya —dije, planificando mi ataque — Pues para el resultado, que hubieran invertido el dinero en algún curso de edición o, mejor, en uno de escritura creativa... Incluso hubieran aprendido algo... Además, ¿en qué puesto de best-sellers está la historia del capitán Bayeta? ¿Segundo?, ¿tercero? Seguro que a la altura de la Meyer...

—General Ströpague es un nombre pseudo-aleman muy original —El cabreo iba en aumento... Sé que debería parar, que luego el karma se lo cobra doble... pero ¡es que no podía! —Sabes mejor que nadie que no saben moverse por ese mundo de los libros y que los lectores somos los familiares y amigos más cercanos...

—Sí, sí... Si Goethe resucitara cambiaría, fijo, su Fausto por Stropajo... En fin, que no sé dónde está el maldito libro... Mira en la mesa del cuarto del niño, por si acaso...

—¿Por si acaso, qué? —preguntó cautelosa y amenazándome con el cepillo de dientes eléctrico.

—Por si lo utilicé para calzarla, que cojeaba mucho —dije entre carcajadas, a la vez que, una vez dispuesto para la reunión con el insigne enólogo, salía como ratón al que le persigue un gato hacia el recibidor...

—Por ésta te has librado —decía mi querida esposa enarbolando, cómicamente el cepillo y con media sonrisa en los labios. Llegué a oír, antes de salir de casa sus últimas palabras: Ten cuidado, cariño. Piensa que todas las maldades que has dicho sobre el libro de nuestro cuñado y la portada de mi hermana se te van a volver contra ti... Además, tienes un punto negro en la cara... Te auguro un mal día...

Efectivamente, la bruja con la que convivo llevaba razón. ¡Menudo día! Cuando algo puede salir mal, saldrá peor... Nada más salir de casa piso las deposiciones del perro alemán de mi vecino, “enmarronando” mis zapatos de la suerte, aquellos que me calzo cuando tengo entrevistas importantes. Los atascos de la gran ciudad hicieron que llegara tarde a mi encuentro con el enólogo y, cuando llegué pidiendo mil perdones, el insigne entendido en vinos me niega la entrevista. ¿La razón? No porque llegara tarde, no porque mi atuendo, debido al estrés y al calor del coche, fuera inapropiado y un poco descompuesto... ¡Por el nimio punto negro que adornaba mi cara! Que le molestaba, dice, tener que mirar mi cara con esa imperfección... Eso sí, me halagó el gusto por la corbata...

Ahora, delante de la puerta de mi casa, pienso que tal vez la portada del libro de mi cuñado no esté tan mal... Reflexiono. Me rasco la cabeza. ¡No! Es horrible se mire por donde se mire... Es imposible que nadie lo compre y, si alguien lo hace, es que está ciego (o deslumbrado por la cantidad de colores...)

Meto la llave en la cerradura y se rompe. Señor Karma, ya vale, ¿no? Toco al timbre y me abre mi sonriente mujer... Me dice que tenemos visita. Su hermana y el marido, que traen muy buenas noticias: han vendido los derechos de autor del libro a una editorial americana, la misma que una tal Meyer, “sí, la de los vampiros” me dice mi cuñado ufano...

—Y la portada, ¿os la cambiarán? —pregunto temeroso por la respuesta... Después del día que he tenido, todo puede pasar...

—¿Por qué preguntas eso? —me responde mi cuñada con una media sonrisa— No, no la van a cambiar. De hecho, nos han dicho que ha sido la causa por la que se han fijado en nuestra obra.

Definitivamente, no es mi día... Toco el brazo a mi esposa y le digo en voz baja:

—Cielo, quítame el punto negro, por favor...